

Darién

Germán Castro Caycedo

Es la más esplendorosa manifestación de vida sobre el planeta y, paradójicamente, en pocos rincones de América se agonizó tanto como en él.

El Darién es una selva que flota sobre pantanos, cálida e hirviente durante el día y penetrada de frío cuando se acerca la noche. Cerrada por encima, donde las copas de los árboles se apretujan impidiendo que penetren los rayos del sol, y por debajo enmarañada de lianas, bejucos, plantas de espinas, púas, hojas gigantes, cortantes o ásperas, suaves, grises, negras, pecosas, violáceas, opacas, brillantes.

6

La gran vegetación es verde. Arriba, en el contraluz, verde manzana, verde lechuga, verde turquesa, verde savia, pero a medida que continúas bajando la vista, la luminosidad se empobrece gradualmente y entonces la sinfonía va decreciendo: verde musgo, verde oliva, verde montaña.

Es la selva más rica del mundo en especies vegetales. Hay tantos árboles diferentes, que más de la mitad están representados por pocos ejemplares en cada hectárea. Diversidad espectacular que nace de la lluvia y de los pájaros y murciélagos que van llevando las semillas en sus vientres.

Flores en forma de campana, de zapatilla, de globo, de saeta, de corneta, de estrella, de corona, de copa, de erizo. Flores que comen insectos, flores que se cierran de noche, flores afrodisiacas, flores que susurran, flores que adormecen, flores que carcomen la piel, flores que deprimen, flores que transportan y que hacen flotar más arriba de las nubes.

El pantano es de aguas transparentes y tibias, de las cuales emergen árboles de impresionantes tamaños cuyos tallos viven aprisionados por enredaderas. En las costas de la selva son doradas porque traducen el color de la greda que hay en el fondo, pero a medida que el bote se desliza, se tiñen del verde del techo de los árboles y cuando se acercan a los cananguchales, que son comunidades de palmas, siguen siendo transparentes pero toman el color del té y más adentro el tono del vino de Burdeos.

De día se ven allá abajo peces alargados y de movimientos elegantes, planos, achaparrados, con trompas descomunales, cilíndricos, con labios de ventosa, redondos como discos, en forma de hoja o como serpientes. Cardúmenes de millones de agujas diminutas con el vientre y las aletas transparentes y el buche parecido a un punto de acetileno.

Durante la noche uno acerca la linterna a la superficie y aparecen otras variedades, las que cazan en las sombras, porque las que lo hacen de día se han resguardado en sus refugios, dentro de los troncos de los árboles y en las marañas de raíces. Con esa luz, algunos se ven fosforescentes. Colores electrizados para peces extrovertidos, nerviosos, veloces, incansables. Y oscuros y opacos cuando son tímidos, introvertidos, inmóviles.

La selva es una caja de sonidos persistentes. Todos nuevos, todos extraños y diferentes de día y de noche. La mayoría son el idioma de los pájaros que, por ejemplo, dicen de día, "pichí" o de noche "currucutú". El pichí es un pico de colores y detrás de él un pájaro negro con la barriga amarilla y parte de la cola



Natalia Botero. Turbo, Urabá. De la exposición *Al sol al viento*. 2016

roja. Y el currucutú, un búho de ojos negros con un borde amarillo claro, delgado, que se queda mirándote fijamente y llegas a envidiar su personalidad. O el tableteo sin descanso del carpintero payaso, el “tuto-tuto” permanente de uno muy difícil de ver, que se llama... Tuto. Otros dicen “pipra-pipra”, “ajaiajaja”, “tiroti-roeee”, “cratucrAAA”, “tuíi-tuíi”, “petuéeé”, “guaco-guaco”, sonidos elementales junto a los de virtuosos como el sinsonte, pero de todas maneras, sonidos extraños porque allí cantan o graznan al tiempo hormigueros, soledades, pavas, guacharacas, halcones, paujiles, pericos, guacamayos, martín-pescadores, corretrancos, horneros, atrapamoscas, loros, cacambras, cucaracheros...

Más allá del pantano empieza una cadena de colinas y sierras suaves unas veces, empinadas

y agresivas otras, con piso seco y generalmente firme. Los árboles están cubiertos por capas espesas de líquenes y musgos y en el piso se ven por primera vez piedras de regular tamaño. Caminas en algunas ocasiones sobre barro pegajoso, otras por una grava que se desmorona bajo el pie. Se sube y se baja, se sube y se vuelve a bajar. Se atraviesan desfiladeros, cuevas donde se refugian las aves nocturnas, abismos que se abren a claros bañados por la luz y al frente enormes precipicios. Hay que andar lentamente, paso a paso, afirmando bien el pie sobre cornisas angostas debajo de las cuales cae la pared de roca, lisa, profunda.

El barro está siempre tapizado por un colchón de hojas que se van pudriendo y troncos de árboles caídos, plagados de hongos descomponedores, similares a abanicos gruesos o a

barajas de naipes, a sombrillas, a conchas o a platillos, que se reconocen desde lejos por sus colores intensos y sin brillo, en medio del piso quemado que distingue aquella naturaleza aparentemente muerta de los suelos.

El Darién es el sitio del mundo donde más llueve. Allí, el agua cae durante doce meses del año, especialmente por la tarde o por la noche. Llueve y escampa, sale el sol, se espesan las nubes, llueve, corre una brisa cálida, sale el sol y el calor te ablanda y la humedad ablanda el suelo. El barro tiene un olor agrio. Lo pisas, lo amasas y más adelante hallas caños y quebradas que corren reventando por medio de la vegetación. Un árbol atravesado de lado a lado. Abajo, la turbulencia. Debes caminar por él sin mirar a los pies, lentamente, buscando las lianas o los bejucos como apoyo. Si te quedas atrás te pueden dejar y te pierdes para siempre.

8

Cae la noche temprano. Te tiras allí, sobre el barro, arropado por hojas de las palmas y te duermes algunas veces con hambre, escuchando la lluvia golpear sobre las hojas y si alguna se abre por el impacto del agua, ves arriba el resplandor de los rayos y puedes distinguir perfectamente la lluvia como una cortina de metal que cae a pico sobre la selva.

Y cuando no llueve durante algunos días, la hojarasca que cubre el piso empieza a secarse y entonces puedes escuchar el movimiento de animales nocturnos saltando, caminando, arrastrándose en busca de una presa. Y más arriba silbidos bajos y fuertes, graves o aflautados. Y aleteos, y gargareos y murmureos de aves, de las cuales logras identificar muy pocas. Si recorres la palma y estiras la cabeza afuera de tu pequeño habitáculo (allí le dicen cambuche), puedes descubrir arriba y abajo y sobre el suelo, muchos ojos que parecen vigilarte. Si los alumbras, los ves brillar unos segundos y luego desaparecen. Te abandonan. Quedas en compañía de los cocuyos que titilan con un

vuelo nervioso. Lanzan su luz, dejan una estela fosforescente y se apagan para asomar más adelante. Pero como son miles, llegas a pensar que la selva es un pequeño firmamento moviéndose, titilando, ahí, muy cerca de tu cara.

En las noches sin viento, los rayos de la luna se cuelan a través de las ramas y la niebla y ves cómo van formándose siluetas. Un ballet silencioso, casi estático. La bruma se posa sobre los charcos y el reflejo de la luna en el agua los transforma en espejos de acero empañados por aquellos copos de nube.

Amanece. Cuando se avanza cerca de los abismos, la vegetación se rompe con frecuencia y pueden verse cantidades de agujeros sellados por telarañas de cristal que atrapan insectos pero también algunas gotas de rocío después de cada aguacero. Parecen rejas. Y en las rejas, arañas con vellos y pelambres rígidos o cubiertas de terciopelo, grandes como un puño, medianas y pequeñas como la punta de un dedo.

La maraña está arriba, atrás, a los lados. Apretada, oscura. En el trópico el aire de las selvas tiene un olor lujurioso: huele a sexo, a humedad, a alameda, a musgo fresco, a orquídeas, a dulce, a picante, a sudor, a desmayo. A dolor y a fiebre.

Para quienes no han nacido allí, las aguas parecen claras pero están infestadas de algo que mordisquea y termina por perforar los intestinos. Al comienzo te dan cólicos enloquecedores y mal de estómago. Terminas arrojando moco y sangre. El barro está poblado por una buena gama de hongos que se anidan en los pies y un tiempo después te florecen la carne y al caminar sientes como si lo hicieras por sobre planchas enrojadas al fuego. Entonces ves cómo se te van cayendo trozos muy pequeños de la piel que protege los dedos y la planta y el talón. La carne se pone blanca y arde, especialmente por las noches. Los hongos te desgarran la corteza de los pies y luego la de la cabeza y



Natalia Botero. Ruta Bogotá-Medellín. De la exposición *Al sol al viento*. 2013

la de la cara, debajo de la barba y en medio del bigote. Mueves los labios o las mejillas y sientes un quemón. Sudas y la sal chamusca como si fuera un tizón.

Y desde el primer día te caza un mosquito que taladra la carne y tú ves cómo va formándose una pequeña mancha, luego una roncha diminuta, después una más grande, después se convierte en llaga superficial y no tan grande, pero cada amanecer la notas más ancha y más profunda, más ancha y más profunda. Pica hasta enloquecerte y huele a mortecino. Tú hueles a mortecino. El agujero se convierte en hueco y cuando llega hasta el hueso sientes que te enloqueces. Entonces pides que te pongan allí un hierro caliente. Pero eso tampoco te cura.

Y existen bandadas de mosquitos que también te acorralan antes de poner el pie dentro

del pantano. Poco tiempo después empiezas a sudar, a sentir que te calcinas y luego te pones a temblar de frío. Y vas agarrando un color amarillo pálido, a veces verdoso, transparente. Afloran los huesos, estás flaco, débil y escuchas a toda hora, en todo momento, un tun-tun-tun-tun, que te invade la cabeza y entonces te pones a blasfemar, y más tarde a reír y a delirar. A raíz de la invasión de América, los españoles deliraban con oro y con mujeres.

Los delirios cesan generalmente cuando clarea el sol. A esa hora te encuentran pidiendo que la muerte llegue pronto.

En las pequeñas praderas que cubren el piso de los claros, hay millones de insectos que se suben por los pies y se van enquistando en las piernas, en el vientre, en el ano, en las axilas, en el pecho. Pican y enloquecen. La piel arde,

se abrasa en llamas, en palpitaciones, en convulsiones que arrecian cuando cae el sol, y tú te rascas hasta que ves salir la sangre y después, unas horas después, te escurre por allí una pus, espesa, amarillenta, hedionda y otra vez estás quemando en fiebre. Es que la fiebre flota en ese aire húmedo y caliente de la selva, porque cuando te hieres o te haces una matadura, por pequeña que sea, estás en peligro de que el aire se cuele por allí y te infecte. Si te infecta, te prende la fiebre y empiezas a paralizarte. Primero la cara, después el cuello. La rigidez va descendiendo, helándote la carne y haciéndote reír y reír, pero con una risa dura y fría como la piel de la cara. La llaman risa sardónica. La gente ríe y la frialdad baja a los hombros y a la garganta. Cuando llega al pecho y a los fuelles, sientes como si éstos se transformaran en trozos de cartón que crujen dentro de la caja del cuerpo y empieza a faltarte el aire y, claro, te desesperas, luchas por respirar y no puedes. Como no puedes, sientes más ganas de reír, pero la última bocanada de oxígeno se evapora con la sonrisa y terminas asfixiado. Mueres riendo y a la vez luchando por respirar. A eso le llaman tétanos.

Cuando son derribados ciertos árboles, sale de sus copas un insecto infectado con una fiebre que incendia el pellejo y después empiezas a vomitar algo color café, luego más oscuro y finalmente negro. Es sangre coagulada. Una vez empieza, no hay quien la detenga, te incinera los labios, te rasga los labios y te pone la cabeza zurumbática, ida, como si la tuvieras metida a toda hora dentro de un acuario. La boca es amarilla, la piel amarilla como el azafrán, como el cobre. Amarillo del más allá.

Mosquitos de fiebre y mosquitos de llaga: los de llaga causan primero una úlcera que no cura nunca, en la cara, en la cabeza, en el pecho... luego esa úlcera se convierte en un boquete denigrante que algunas veces destruye el tabique nasal, carcome el paladar, horada la piel y la carne, y te va mutilando, lentamente,

hasta destruirte por fuera y por dentro, sin que puedas hacer nada para detenerla, aparte de sentir angustia y desesperanza porque ves cómo se te va cayendo la carne a pedacitos y terminas por tenerte asco a ti mismo.

La sucesión de colinas es interminable. Vences una y te encuentras al pie de la siguiente. Y caminas y caminas y te metes en una rutina agotadora. Así todos los días y todas las noches. Todos los amaneceres y todos los atardeceres. Suba y baje, y vuelva a subir y vuelva a bajar. La zona se llama el Darién, en el extremo meridional del Caribe, en medio de Colombia y Panamá. Allí generalmente las costas son mares de fango que te hacen difícil desembarcar. Sobre ese cieno crecen extensos bosques de mangle. Encima de ellos están las montañas cubiertas por la selva y cortadas a pico sobre el mar.

Santa María la Antigua del Darién ha sido usualmente reconocida como el primer asentamiento español en Tierra Firme. Fue fundada en un valle pantanoso, unos siete kilómetros tierra adentro, en medio de los hongos y del pito y de la fiebre.

Para el invasor, en medio del oro y de la muerte.

Germán Castro Caicedo fue cronista general de *El Tiempo* durante diez años y creador del prestigioso programa de televisión *Enviado especial* que marcó un cambio en el periodismo televisivo colombiano y del cual fue director durante dos décadas. Ha ganado once premios nacionales de periodismo y ocho internacionales, y ha escrito veinte libros. En 1999, por su obra *El Karina*, recibió el premio Rodolfo Walsh concedido en España a la mejor obra de narrativa de no ficción publicada en ese país. En el año 2005 obtuvo en Barcelona el premio Planeta por su libro *Que la muerte espere*. Sus libros han sido publicados en diez idiomas, incluyendo japonés y mandarín en China. El texto aquí publicado hace parte de un libro de próxima publicación.